

plina que ostenta ese mismo nombre? Si realmente creemos que no existe Dios ni las esencias reales ni sustituto alguno de esas cosas, si seguimos a Foucault y somos consecuentemente materialistas y nominalistas, ¿no queremos revolver las cosas al punto de que no haya forma de distinguir la nata de la leche, lo conceptual y filosófico de lo empírico e histórico?

Como buen materialista y nominalista, obviamente simpatizo con esa línea de pensamiento. Pero como aficionado a la *Geistesgeschichte* quisiera resistirme a ella. Soy enteramente partidario de desbarazarse de cánones que se han vuelto meramente anticuados, pero no creo que podamos pasarla sin cánones. Ello se debe a que no podemos pasarla sin héroes. Necesitamos de las cimas de las montañas para elevar la mirada hacia ellas. Necesitamos contarnos a nosotros mismos detalladas historias acerca de los poderosos muertos para hacer que nuestras esperanzas de sobrepasarlos se concreten. Necesitamos también la idea de que existe algo tal como «filosofía» en el sentido honorífico del término, la idea de que hay —si tuviéramos el talento de plantearlas— ciertas cuestiones que todos los hombres deben de haberse formulado siempre. No podemos renunciar a esa idea sin renunciar a la noción de que los intelectuales de las épocas anteriores de la historia europea forman una comunidad, una comunidad de la que es bueno ser miembro. Si hemos de persistir en esta imagen de nosotros mismos, tenemos que sostener conversaciones imaginarias con los muertos, y, asimismo, la convicción de que hemos visto más que ellos. Ello quiere decir que necesitamos de la *Geistesgeschichte*, de conversaciones autojustificadoras. La alternativa es el intento que Foucault una vez anunció, pero al cual, espero, ha renunciado: el intento de no tener rostro, de trascender la comunidad de los intelectuales europeos fingiendo una anonimidad sin contexto, como esos personajes de Beckett que han renunciado a la autojustificación, al intercambio dialógico y a la esperanza. Si uno en efecto desea emprender ese intento, entonces, por supuesto, la *Geistesgeschichte* —aun la variedad de una *Geistesgeschichte* materialista, nominalista, *entzauberte*, que estoy adjudicando a Foucault— es una de las primeras cosas de las cuales uno debe deshacerse. He escrito lo anterior en la suposición de que no queremos llevar a cabo ese intento, sino que, por el contrario, queremos hacer que nuestro diálogo con los muertos sea más rico y pleno.

7. Una expresión de esa línea escéptica de pensamiento es la polémica de Jonathan Rée contra el papel de «la idea de la Historia de la Filosofía» al presentar a «la filosofía como un sector autónomo y eterno de la producción intelectual» y como poseyendo «una historia de sí misma que se interna en el pasado como un túnel a través de los siglos» (Rée, 1978: 32). Estoy enteramente de acuerdo con Rée, pero pienso que es posible evitar ese mito, continuando los tres géneros que he encomendado, simplemente por medio del uso *consciente* de «filosofía» como término honorífico antes que descriptivo.

En esa suposición, lo que necesitamos es ver la historia de la filosofía como la historia de los hombres que han hecho intentos espléndidos pero muy fallidos de formular las preguntas que nosotros debemos formular. Esos serán los candidatos para un canon, esto es, para una lista de los autores que uno debiera saber muy bien que debe leer antes de intentar imaginarse cuáles son las cuestiones filosóficas en el sentido honorífico de «filosofía». Por supuesto, un candidato determinado puede compartir los intereses de éste o de aquel grupo de filósofos contemporáneos, o no hacerlo. Uno no estará en condiciones de saber si la falla es de él o del grupo en cuestión hasta que uno haya leído a todos los otros candidatos y establecido su propio canon, o relatado la propia *Geistesgeschichte*. Cuanto mayor sea el carácter de historia intelectual de la historia que obtenemos, y del tipo de aquellas en las que no inquieta qué cuestiones son filosóficas y quién debe ser considerado filósofo, tanto mejores serán nuestras posibilidades de disponer de una lista convenientemente amplia de candidatos para un canon. Cuanto más variados sean los cánones que adoptemos —cuanto más rivalicen con las *Geistesgeschichten* que tengamos a mano— tanto mayor será nuestra aptitud para reconstruir, primero racionalmente y después históricamente, a los pensadores de interés. A medida que ese certamen se vuelva más intenso, la tendencia a escribir doxografías será menos fuerte, y con ello tendremos de sobra. No es probable que el certamen concluya alguna vez, pero mientras persista no habremos perdido ese sentido de comunidad que únicamente el diálogo apasionado hace posible.⁸

BIBLIOGRAFÍA

- AYER, A. J.: *Language, Truth and Logic*, Londres, Gollancz, 1936.
 AYERS, MICHAEL: «Analytical philosophy and the history of philosophy», en Jonathan Rée, Michael Ayers y Adam Westoby, *Philosophy and its Past*, Brighton, Hvester Press, 1978.
 BENNETT, JONATHAN: *Locke, Berkeley, Hume: Central Themes*, Oxford, Oxford University Press, 1971.
 DUNN, JOHN: *Political Obligation in its Historical Context*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.
 FIERING, NORMAN: *Moral Philosophy at Seventeenth-Century Harvard: A Discipline in Transition*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1981.

8. Agradezco a David Hollinger por sus útiles observaciones acerca de la primera versión de este trabajo, y al *Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences* por proporcionarme las condiciones ideales para su redacción.

- HEIDEGGER, M.: «Sketches for a history of being», en *The End of Philosophy*, Nueva York, Harper & Row, 1973.
- HIRSCH, E. D., Jr.: *The Aims of Interpretation*, Chicago, University of Chicago Press, 1976.
- RÉE, JONATHAN: «Philosophy and the history of philosophy», en Jonathan Rée, Michael Ayers y Adam Westoby, *Philosophy and its Past*, Brighton, Harvester Press, 1978.
- RORTY, RICHARD: *Consequences of Pragmatism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1982.
- RYLE, GILBERT: *Collected Papers*, vol. I, Londres, Hutchison, 1971.
- SKINNER, QUENTIN: «Meaning and understanding in the history of ideas», *History and Theory*, 8: 3-53, 1969.
- STRAWSON, P. F.: *The Bounds of Sense: An Essay on Kant's Critique of Pure Reason*, Londres, Methuen, 1966.
- THOMPSON, E. P.: *The Making of the English Working Class*, Baltimore, Penguin Books, 1963.